

ladran, que ladren; si muerden, que muerdan. ¡Viva la libertad con orden! como se gritaba en cierta ocasión; y á vivir á nuestro regaladísimo gusto ¡canástoles! que para eso hemos venido aquí.

Desde aquel acuerdo solemne entró la vida de los Bermúdez en los ordenados términos de los planes traídos de Sevilla en embrión. Puestos así en tela de juicio en Peleches, don Claudio Fuertes trazó las líneas generales del extenso programa, y el hijo del boticario, que fué llamado á aquel respetable consejo como elemento indispensable de acción y de inteligencia, completó la obra acomodándola en todo, por todo y para todo, á los deseos y á los gustos de Nieves.

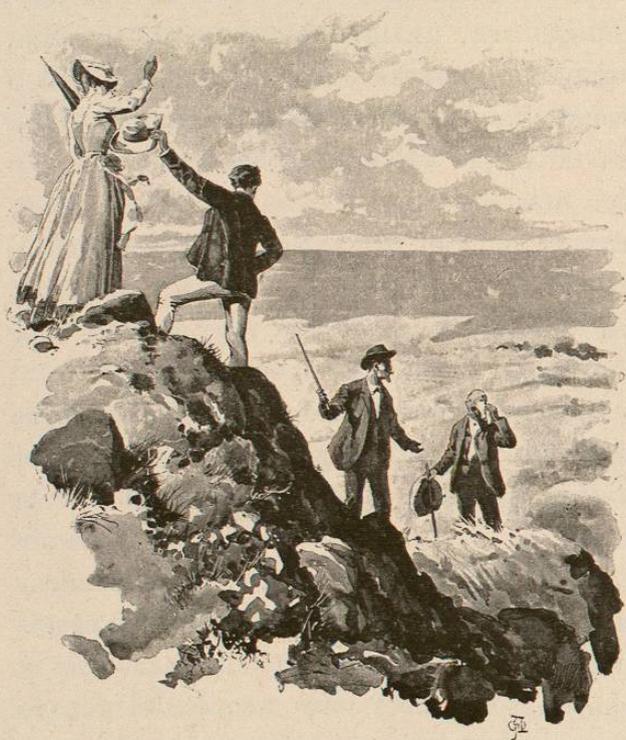
Los días eran largos, el tiempo estaba á placer y Nieves en sus glorias madrugando mucho y acostándose tarde. Había, pues, tela abundante en qué cortar, y el buen humor, la salud y los recursos daban para todo: para el campo y para la mar; para lo de puertas afuera y para lo de puertas adentro; para la vida activa á la intemperie, y para la del arte y la de familia

á la sombra de los viejos paredones de Peleches...

Con su tartana y sus rocines de alquiler, hizo un gran agosto en aquel mes de julio *Patafullera*, un mesonero cojo de la villa, que vivía de esas y otras industrias más ó menos honradas. A estas expediciones en tartana, por el camino real unas veces, y las más de ellas á campo travieso, vega arriba, con el pretexto de haber feria en Rudaces, ó mercado en Soletos, ó romería en Campillos, concurría muy gustoso don Adrián.

Pero las excursiones que prefería Nieves eran las que hacía á pie con su padre, Leto y don Claudio, muy de mañana ó á la caída de la tarde, trepando de breña en breña, de altura en altura, para admirar nuevos panoramas ó descubrir más vastos horizontes; ó descendiendo á las hondas y sombrías cañadas para acopiar el musgo aterciopelado y el finísimo helecho que andaban allí tirados por los suelos, y no había modo de que los produjera el de su patria natal, con ser «la tierra de María Santísima». Mucho le gustaban también

estas expediciones á don Alejandro, pero no podía siempre con ellas; y en tales



casos, iba sola Nieves con sus amigos, que no se cansaban nunca y eran bien de fiar. A Bermúdez no le importaba un rábano

tragarse delante de don Claudio Fuertes cuantas bravatas había echado por la boca en cierta ocasión, á trueque de ver á su hija satisfecha.

Con estas recreaciones se entreveraban de vez en cuando las de paseo y pesca en el yacht; en las cuales, excusado es decirlo, no tomaba parte, ni de lejos, el de los llanos de Astorga; y aun el mismo Bermúdez la tomaba de muy mala gana; tanto, que un día declaró á Nieves que no podía más con aquello.

— No me mareo precisamente, — la dijo, — y hasta *creo* que pescar es cosa divertida, y que dentro de la bahía no hay peligro ninguno en el balandro; pero no me siento bien allí, ni... vamos, ni con toda la tranquilidad que se necesita para que el placer resulte...

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves con la más honda pena. — ¡Y á mí que me gusta tanto!

— Pues, hija mía, buen provecho, — repuso don Alejandro: — mi gusto no perjudica al tuyo.

— ¡Cómo que no?

— Como que no. Yo me quedo, y tú te vas...

— Pero ¿estará bien eso, papá?

— Y ¿por qué no ha de estarlo, canástoles? Leto y Cornias bien de fiar son en todos sentidos. ¿No te parece?

— A mí sí... Pero pudiera chocar...

— Pues, hombre, ¿estaría bien que hubiéramos venido á Peleches para eso! ¡Bah, bah, bah! Y por último, ¿no vas por tierra, sin que choque, con Leto y con don Claudio? Pues vas embarcada con Leto y Cornias; y pata.

La cuenta no fallaba así; y ateniéndose á ella, fué Nieves en el balandro más de una vez sin que la acompañara su padre.

Este género de vida duró dos semanas bien cumplidas; y al fin de ese tiempo cayeron la hija y el padre en que si ellos no habían venido de Sevilla con otro fin que divertirse, don Claudio Fuertes y el hijo del boticario estaban en muy distinto caso. Si no el primero, el segundo, con toda seguridad, tendría obligaciones desatendidas; y no había que ser egoísta en los placeres. Bien que se contara siempre con

los amigos; pero no para todo y á todas horas hasta mortificarlos.

En virtud de estas reflexiones, se suspendieron por unos días los paseos campestres y los marítimos; cesaron también las sesiones de dibujo y de pintura que solían tener los dos jóvenes para desarrollar apuntes del natural, tomados por Nieves bajo la dirección de Leto en sus excursiones por mar y por tierra, y únicamente quedó como estaba la tertulia del anochecer, á la cual concurría también el viejo boticario.

A propósito de estas tertulias. En una de ellas, estando Leto de codos al balcón del saloncillo, mientras Nieves tocaba adentro una melodía de Schubert, se dejó llevar distraído de la impresión que le causaba siempre la buena música, y particularmente la que le era conocida, y acabó por seguir á media voz el canto de la melodía. Oyóle Nieves, empeñóse en que la voz era excelente; y de tal manera se empeñó y con tal arte se compuso y con tales esfuerzos la ayudaron en su deseo su padre y don Claudio Fuertes, que Leto cantó la melodía en el saloncillo acompañándole ella al piano.

Se apunta este dato como una de las más visibles pruebas de que no andaban muy acertados los señores de Pelechés en el supuesto de que á Leto le mortificaba aquella vida en que le traían metido. Por el balcón abajo se hubiera tirado él dos semanas antes, primero que cantar delante de alma nacida lo que acababa de cantar en presencia de unas personas tan respetables como aquellas. ¡Si estaría domesticado y le parecería el yugo blando y llevadero!

Hasta los mismos señores de Pelechés, mal acostumbrados á la compañía continua de los amigos, se hallaron desorientados sin ella. Sustituyeron las largas excursiones con paseos *racionales*; y aun para éstos, por quererlos dar su hija muy de mañana, se halló perezoso el padre. Endosó á Catana el cargo de acompañar á «la niña» á aquellas horas; pero la rondeña, tras de ser muy mala andadora, gruñía más que andaba al lado de Nieves; y prefiriendo ésta ir sola á tan mal acompañada, redujose á dar así, es decir, sola, unas vueltas alrededor de la casa y por la Glorieta... hasta que poco á poco, hoy por este herbacho, mañana por

aquella flor, otro día por el detalle de más allá, fué alargando el radio de sus paseos. Y como le dijo su padre entonces:

—O se está ó no se está en el campo; ó hay ó no hay libertad omnímota en él; y por último, por aquí no andan perros ni



ganados ni cosa alguna que temer, porque no es camino para ninguna parte del mundo.

Y así aprendió Nieves á andar sola por aquellas alturas, y á alargar los paseos, tan descuidada y contenta, hasta cerca del pinar, por una parte, y hasta el Miradorio y aun hasta el muelle por otra, con la som-

brilla al hombro y el libro ó los avíos de dibujar en la mano, durante las primeras horas de la mañana.

No hay que decir lo que, por ley fisiológica, habían influído en el carácter de Leto las nuevas costumbres. No pasaba todavía el hijo del boticario de ser un tertuliano satisfecho y un amigo diligente y afectuoso de los señores de Bermúdez, para andar con ellos por los caminos trillados en que se le ponía *para que anduviera*; pero esto solo, que en absoluto parece tan poca cosa, en un hombre como él acusaba unas modificaciones internas de mucha hondura. Y no había más que verle para convencerse de ello: ya era otro hombre; vestía con más esmero que antes; miraba con más firmeza; andaba mejor; hablaba menos, pero más al caso... en fin, no era ya el muchachón aturdido y abandonado á sus rarezas, sino el mozo discreto y convencido de *algo*, con su poco de carácter y su sello de legítima personalidad. Todo esto le mejoraba y embellecía indudablemente, por lo que el viejo boticario no se cansaba de mirarle ni cesaba de sorprenderse.

— Verdaderamente, Leto, — le dijo en una ocasión, — que lo tenía yo pronosticado... porque, aunque no he visto mucho, los años ¡caray! son grandes maestros y enseñan de todo... eso es. Yo bien sabía que quien lo tiene es quien ha de darlo ¡caray! y no otro alguno, sí señor... Tú te empeñabas en que no había nada dentro de ti; yo en que sí lo había, eso es... como está la chispa en la piedra... justamente, eso es, como la chispa en la piedra: lo que faltaba era el eslabón de acero, el eslabón ¡caray! que diera el golpe... Pues ya pareció el eslabón... se dió el golpe... sí señor, sobre la piedra... eso es... y saltó la chispa... Porque la había, ¡caray! porque la piedra era de darlas... y yo me salí con mi empeño... La vida que aquí traías, no era mala verdaderamente, porque tú eres bueno por naturaleza; pero tampoco era envidiable, eso es, ni la más al caso para que un mozo de tus prendas las hiciera fructificar en lo que valen... Vinieron esos señores... nos honraron con su trato... eran, por suerte, el eslabón... la piedra chocó con él... y saltó la chispa, Leto... la que tú tenías

allá... eso es. Ya eres otro: ya estás donde yo quería y esperaba verte... no tan pronto, es verdad, y esto es lo que me sorprende y maravilla; pero, al fin, estás... estás, eso es; y puesto que estás, procura no perder lo adquirido; guárdalo ¡caray! como un tesoro que es tuyo legítimamente, descubierto en tu propio terreno... eso es... Mañana ó el otro, esos señores se irán por donde han venido, y sería una triste gracia, Leto, que en cuanto se quitara el puntal se nos viniera la casa abajo... No señor, ¡caray! no señor. Los buenos hábitos que has adquirido y vas adquiriendo, debes conservarlos siempre, eso es; porque esos hábitos, según vayas entrando en la vida, te irán conquistando estimación y respeto. Por eso mismo representan un capital grandísimo, ¡caray! ¡Quién sabe, hijo mío, quién sabe cómo andarán las cosas del mundo en adelante, al paso que hoy vamos, y de dónde soplarán los vientos? Y en estas dudas, bien fundadas, Leto, bien fundadas... eso es... tener un rumbo bien marcado, una voluntad bien firme y un juicio como Dios manda, es estar fondeado en el puerto en medio de un

temporal... Vive, vive agradecido á esos señores que tanto nos favorecen; cultiva su trato y sírvelos sin llegar á cansarlos ni á molestarlos en tanto así... ¡caray!... eso es; aprovecha sus lecciones, y vete, vete preparando debidamente la casa para cuando se vea sin puntal. Eso es...

No se sonrió Leto en aquella ocasión como en otras idénticas oyendo las especiales homilias de su padre, acaso porque estaba distraído en otras meditaciones, ó quizá porque abundaba en las mismas ideas del predicador... Lo mejor fué para todos que, rebotándole al hijo de don Adrián los deseos de que estaba henchido, y siendo bien notorios también los de don Claudio, depusieron sus escrúpulos los Bermúdez, y volvió á restablecerse en Peleches la vida aventurera y divertida de las primeras semanas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KELTUS"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO